

Facultad de Educación

Programa de Innovación y
Mejoramiento Académico(PIMA)

Centro de Estudios Tomistas (CET)

EN ESTE NÚMERO

I Congreso Iberoamericano
"Católicos y Vida Pública"
Mesa Redonda Católicos y Educación:
"Formar Jóvenes Testigos de su Fe"

MANUEL JOSÉ ECHENIQUE B.
págs.2-6

BENITO BARANDA
págs.7-8

CATALINA LARRAÍN G.
págs.9-10

MAURICIO ECHEVERRÍA
págs.11-13

Editorial

Congreso Católicos y Vida Pública

A cuatro meses del Congreso Católicos y Vida Pública realizado en la Universidad Santo Tomás en el cual se congregaron más de mil personas de diversas edades y ocupaciones a reflexionar en torno a los desafíos de los católicos en temas como la familia, el servicio público, los jóvenes, la cultura, la empresa y las comunicaciones, es momento de concentrarnos en la formación de los jóvenes de nuestro país y exponer lo que nos dicen cuatro destacados profesionales del mundo de la educación.

"Formar testigos de su fe" titulamos a la mesa redonda que tuvo a su cargo tratar la relación entre los católicos y la educación y en la cual participaron Benito Baranda, director social del Hogar de Cristo, Catalina Larraín, gerente del Instituto de Desarrollo Educacional Ignis de la Fundación Pentecostés, Manuel José Echenique, decano del Colegio San Benito y nuestro decano de la Facultad de Educación, Mauricio Echeverría, quienes se refirieron a la educación que imparte la familia y la responsabilidad que tienen los colegios, sin duda los dos principales profesores de nuestros niños y jóvenes.

Y es que precisamente deben ser estos dos actores quienes deben ser los referentes y ejemplos, para compensar la influencia que ejercen los medios de comunicación y los amigos, otros de los actores de la formación de nuestra juventud. Debemos como padres y educadores formar en el respeto a los demás, en el orden, los hábitos de estudio, la disciplina, el amor a la verdad, al conocimiento y al trabajo, la responsabilidad por los propios actos, todos los cuales resultan claves para sentar las bases para un buen aprendizaje en la enseñanza básica y media y luego en la formación profesional, en el trabajo y en la formación de una nueva familia.

En los días del Congreso se inauguró la estatua de Santo Tomás de Aquino en la entrada por Ejército al barrio universitario de Santiago, nada menos que del Patrono de todas las escuelas y universidades católicas del mundo, en la cual fue grabada la oración que Santo Tomás escribió para que la recen todos los estudiantes y quienes deban enfrentar un momento difícil o tomar una decisión y necesiten un golpe de sabiduría. Una imagen católica en plena Alameda con Ejército, metro Los Héroes, por donde cada día circulan al menos miles de jóvenes que estudian en este barrio, es una poderosa muestra de que los católicos se atreven a estar presentes en la vía pública y desde ahí, invitar a detenerse y reflexionar.

Los invito entonces a leer estas exposiciones, visitar la estatua de Santo Tomás y a participar el próximo año de nuestro II Congreso Iberoamericano Católicos y Vida Pública, al cual les informaremos en su momento.

MAGDALENA URZÚA BRAVO
COMUNICACIONES ACADÉMICAS
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

I Congreso Iberoamericano “Católicos y Vida Pública” Mesa Redonda Católicos y Educación:

“FORMAR JÓVENES TESTIGOS DE SU FE”

MANUEL JOSÉ ECHENIQUE B.
DECANO
COLEGIO SAN BENITO

Me parece muy valioso de parte de los organizadores que hallan puesto el título “Formar jóvenes testigos de su Fe” y no otro. Nos hace reflexionar, no sobre materias, habilidades o actitudes que deberíamos enseñarle a los jóvenes, sino de algo más profundo. Cuando hablamos de Fe estamos hablando de una experiencia personal y propia de cada joven, estamos hablando de su Fe y no de una herencia cultural religiosa. Estamos hablando de formar jóvenes que crean porque han tenido un encuentro personal con Jesucristo Resucitado, y que este encuentro les haya marcado su vida.

También nos dice el título de esta mesa “formar jóvenes Testigos”, que viene de la palabra Mártir. Es decir, se nos habla de formar jóvenes dispuestos a entregar su vida. Formar mártires que no dejen que su experiencia de fe quede encerrada en el ámbito privado. Formar hombres y mujeres que no sólo hagan apostolados en sus vidas, sino que conviertan su vida en apostolado, en misión, en vocación. Es decir, se nos habla de formar jóvenes que en medio de un mundo a veces contrario a la fe, deben ser capaces de anunciar al Cristo Resucitado, tanto con su testimonio como con su voz. ¿Es esto posible hoy? Estoy convencido que sí. De hecho pasa.

También este título nos plantea un tremendo desafío y cuestionamiento a nosotros los mayores. Sería más fácil que nos pidieran hablar de la formación en valores o ideales, como comúnmente se pide, sin que tuviéramos que entrar en la verdadera revolución que significa testimoniar a los jóvenes la fe, nuestra fe, ya que esto nos implica asumir como propio el llamado que hace San Pablo a los romanos: “Y no os acomodéis al mundo

presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cual es la voluntad de Dios; lo bueno lo agradable, lo perfecto.” (Rm. 12, 2). Este es el gran desafío para nosotros los formadores, debemos transformarnos mediante la renovación de nuestra mente y leer los signos de los tiempos, para así distinguir la voluntad de Dios en el realización de nuestra vocación de evangelizadores.

Hoy el Bautismo es dado, en su mayoría, a niños recién nacidos, es necesario y urgente, una catequesis post bautismal. Pero no una catequesis que de la fe por asumida y se restrinja a enseñanzas académicas de religión, se necesitan catequesis acompañadas de anuncios permanentes de un Cristo Vivo y que actúa en la vida de cada uno. Anuncios que tal como sucedía con los primeros cristianos, produzcan un vuelco en el corazón de los hombres de este tiempo, que los bote del caballo, que los deje ciegos, para que aprendamos a ver con la luz de Cristo.

Este cuestionamiento nos encuentra en una sociedad un poco esquizofrénica cuando a la formación de las nuevas generaciones, ya que por un lado quiere jóvenes que se sumen creativamente a ella, que tengan valores, que sean honestos, que lleven una vida ordenada, austera, responsable y por otro lado, los jóvenes son bombardeados por una “catequesis” de los medios y también de nosotros, educadores y formadores, que los motiva a caminar exactamente en el sentido contrario. Los jóvenes son llamados insistentemente a que se afanen por tener más que por ser, y como le oí a un sacerdote misionero tener todo,

siempre y al tiro. Queremos que nuestros jóvenes tengan ideales que sean libres para descubrir su vocación pero al mismo tiempo les damos implícita o explícitamente el mensaje que cualquier cosa que hagan debe ser rentable. Hoy no ser rentable es la peor ofensa que se le puede hacer a cualquiera.

En definitiva le transmitimos una “moral” que como la resumió un monje benedictino, se basa en tres supuestos que, de cumplirse, no hay otro valor o principio que pueda oponérsele. Dice el Padre Simón Pedro: “Todo lo teóricamente pensable, lo tecnológicamente realizable o lo económicamente rentable Es o será”. Es decir que por más que nos esforcemos en hablar de valores y en

luchar por controlar y moderar las distintas leyes de la sociedad; en la práctica tarde o temprano termina por imponerse la moral de la eficiencia y la rentabilidad. A eso podemos agregar la moral de la "libertad" en donde, en la práctica se legisla en función del egoísmo y en donde lo que es inmoral se "moraliza" por medio de hacerlo legal. Como dice Mamerto Menapace, hoy el hombre para no ver su error, primero dispara la flecha y luego dibuja el blanco. Ante esta situación, que constatamos a cada momento, debemos asumir que nuestro esquema tradicional de catequesis basado en la entrega informativa de doctrina o en la formación en valores, desarraigados de su fundamento que es Cristo mismo, no tiene hoy la respuesta a los desafíos educativos ni formativos de este tiempo y creo, no tiene ningún futuro.

Dijo el profesor Guzmán Carriquiri en una conferencia que dio en Chile hace algunos años: "el día que el grupo que trabajó en definir los Derechos Humanos entregó el resultado de su trabajo declararon:

estos son los Derechos Humanos que hemos acordado. En ellos estamos todos de acuerdo en la medida que no nos pregunten por qué". Esta frase refleja el gran vacío de esta sociedad, no tiene fundamento y muchas veces este relativismo se nos mete en nuestra mente y caemos en la trampa de creer que tampoco nosotros tenemos fundamentos sólidos. Nosotros sí sabemos de dónde viene nuestra concepción de ser humano y de sociedad, nosotros sí sabemos de dónde vienen nuestros ideales, sabemos en quién tenemos puesta nuestra esperanza, sabemos de dónde nos viene nuestra vida y sabemos que ese origen y término de todo nos trasciende y nos da trascendencia. Es por eso que creo

que no podemos educar según las bases escépticas que nos plantea la sociedad actual, no podemos pretender regirnos por la inexistente visión neutral que se nos pretende imponer. No, tenemos que inundar nuestra mente de Evangelio creyendo que efectivamente ahí está Cristo: La verdad y desde ahí enseñar, acompañar y formar a las nuevas generaciones.

Dice Pablo VI: "Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible" (Evangelii Nuntiandi, 76) .

Se necesita crear espacios reales en las universidades, en todos los lugares de formación de jóvenes, para que se pueda producir el encuentro entre Dios y el hombre. No podemos perder las miles de oportunidades que se nos presentan en los distintos campos en que nos movemos, tener un creativo celo apostólico para que se pueda producir ese diálogo privado entre Dios y el joven. No podemos quedarnos en los temores y a la espera de situaciones mejores. Los apóstoles no tuvieron mejores condiciones que nosotros.

Como verán no estoy hablando tanto de los jóvenes, sino de lo que nosotros tenemos que cuestionarnos como testigos de nuestra fe. Frente a los restos de la sociedad cristiana tenemos, en mi opinión que mirar al primer amor de la Iglesia y buscar ahí elementos pastorales para la evangelización de hoy. De ellos destaco tres: el Anuncio de Cristo, la Comunidad y el Sentido de Misión.

Anuncio explícito de Cristo resucitado

El Papa Benedicto XVI cuando era el Cardenal Ratzinger expresó en una entrevista que el fundamento de la fe cristiana se basa en el acontecimiento de la Resurrección de Jesucristo. El Papa Juan Pablo II hablándole a los jóvenes dice: "Ya lo sabéis: el cristianismo no es una opinión y no consiste en palabras vanas. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una persona, es el viviente!". Nosotros creemos en una persona y en el acontecimiento que rompió la inercia de la historia, de la historia de la humanidad y de nuestra historia personal.

Al recibir el anuncio de la Resurrección, los primeros cristianos se hicieron bautizar en el nombre de Jesucristo. Ese bautizarse, era para ellos un punto de conversión, de cambio, que afectaba todos los aspectos de su vida. Un cambio total y radical de vida, que les hacía vivir en el mundo, pero no según los criterios del mundo.

Hoy el Bautismo es dado, en su mayoría, a niños recién nacidos, por lo que tal como lo dice el Catecismo de la Iglesia es necesario, y yo diría urgente, una catequesis post bautismal. Pero no una catequesis que de la fe por asumida y se restrinja a enseñanzas académicas de religión. Sino que se necesitan catequesis acompañadas de anuncios permanentes de un Cristo Vivo y que actúa en la vida de cada uno. Anuncios que tal como sucedía con los primeros cristianos, produzcan un vuelco en el corazón de los hombres de este tiempo, que los bote del caballo, que los deje ciegos, para que aprendamos a ver con la luz de Cristo.

Jesucristo está vivo y actúa hoy con poder en nuestras vidas, iluminándolas y llenándolas de sentido. Tenemos que transmitir que este acontecimiento tiene todo que ver con la vida de cada persona, de cada joven. Dios no se desentiende de nosotros, al contrario, se ocupa de todo lo que nos pasa, porque todos hemos sido creados por amor y junto con ello se nos ha confiado una misión.

La resurrección es una verdad que debe ser anunciada con fuerza, ya que es una verdad que en la actualidad se encuentra ajena a los acontecimientos que suceden y a la mirada que tenemos sobre la historia. La visión de fe está exiliada de los debates y del pensamiento actual. Cualquier argumento basado en la fe, es descalificado y desechado por poco consistente. Por esta razón es que nosotros mismos al formar entidades dedicadas a los más variados objetivos de carácter social, político, educacional, no las podemos plantear como entidades evangelizadoras. Este hecho nos debe cuestionar ya que es una realidad que los jóvenes no descubrirán a Cristo si este no les es anunciado sino ocultado, como dice San Pablo en su carta a los romanos "Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? (Rm 10, 14-15).

El anuncio de la resurrección es el fundamento de la vida en la Iglesia como nos recuerda el Concilio Vaticano II:

"Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre, por medio de su Espíritu, la luz y fuerza necesarias para responder a su vocación suprema; y que no ha sido dado, bajo el cielo, otro nombre a la humanidad, en el que pueda salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro".

El desafío, pues, es que cada hombre y mujer tenga esta experiencia personal y se sienta amado por Dios tal como lo experimentó San Juan, que se decía el discípulo amado. Dice el Padre Hurtado: "El gran momento de gracia llega cuando me doy cuenta que los ojos de Cristo se fijan en mí, que su mano me llama a mí en particular, que yo, yo soy el motivo de su venida a la tierra y el término de sus deseos bien precisos. El me ha reconocido de entre la muchedumbre. No soy uno entre miles. No existe esa multitud. Hay Dios y yo, y nada más, ya que todo lo demás, mis prójimos inclusive, los he de ver en Dios." (Libro la Elección de Carrera)

Se necesita crear espacios reales en nuestras universidades, en nuestros colegios, en nuestros centros de servicio a los más necesitados, en las familias, en las comunidades, en fin, en todos los lugares de formación de jóvenes, para que se pueda producir el encuentro entre Dios y el hombre. Entre Dios y cada joven que tenemos a nuestro cuidado. Crear este espacio, es el

acto educativo más grande que existe, y eso es lo que nos viene pidiendo hace años la Jerarquía de la Iglesia a todos los educadores y formadores. No perder la oportunidad, las miles de oportunidades que se nos presentan en los distintos campos en que nos movemos, tener un creativo celo apostólico para que se pueda producir ese diálogo privado entre Dios y el joven.

Para esto no podemos ser tibios, nosotros mismos debemos entregarnos a ellos y amarlos. No podemos quedarnos en los temores y a la espera de situaciones mejores. Los apóstoles no tuvieron mejores condiciones que nosotros. Dijo el Papa Juan Pablo II: "estamos todos invitados a abrir de par en par las puertas de la vida, sin miedos ni titubeos, para acoger la Palabra que es Camino, Verdad y Vida, y proclamarla valientemente al mundo entero¹". ¿Por qué tener miedo? Sabes no desconfíes de la acción de Dios, desconfía de tus miedos. Anunciar valientemente la Palabra no es sólo parte de nuestra misión, sino sobre todo, parte esencial de nuestra vocación. Seamos profetas, mártires si es necesario, del Evangelio.

La comunidad es la respuesta a los efectos negativos de la globalización, como la despersonalización y el sentimiento de falta de pertenencia. ¿Dónde puede el hombre sentirse hoy parte de algo? ¿Dónde se siente realmente valorado como ser humano?

Formar a los jóvenes en y para pequeñas comunidades

Para este punto tomo una cita de una entrevista dada por el entonces Cardenal Ratzinger: "si en la totalidad de la sociedad no se encuentra un entorno cristiano -como tampoco lo hubo entre los cuatro o cinco

primeros siglos de la historia- la Iglesia entonces deberá crear sus propias células donde los cristianos puedan ampararse, ayudarse, y acompañarse, es decir el gran espacio de la Iglesia en la vida se tendrá que convertir en espacios más pequeños". Estas palabras son muy claras y nos hacen ver la importancia que tienen hoy y que tendrán en el futuro las pequeñas comunidades en la vida de la Iglesia.

La Comunidad es la respuesta a los efectos negativos de la globalización, tales como la despersonalización y el sentimiento de falta de pertenencia de los hombres debido a la crisis general de las organizaciones intermedias, que ha llegado incluso, a afectar fuertemente no solo la estructura de la familia, sino que también su vida interior. ¿Dónde puede el hombre sentirse hoy parte de algo? ¿Dónde se siente realmente valorado como ser humano? ¿Dónde puede encontrar el amor verdadero? Escribía hace ya un tiempo el Padre Fernando Ortega:

1.- Mensaje de Juan Pablo II para la IX y X Jornadas Mundiales de la Juventud. 1993. No3
2.- Comunidades Cristianas de Base, pag. 92 y Cf. C.A: n 49
3.- Cf. Evangelii Nuntiandi, n 58, Pablo VI

“El hombre urbano siente el ansia y la necesidad de encontrarse en grupos pequeños en los cuales pueda tener la sensación de que vale algo; pueda ser llamado por su propio nombre; pueda recibir y dar algo propio; pueda en fin sentirse insustituible, amando y siendo amado, conociendo y siendo conocido, pues cada uno es piedra única e irremplazable en la construcción del templo de Dios. Siente la necesidad de huir del ritmo acelerado de la vida, de la violencia de la propaganda, de todo lo que lentamente coloca a la persona, en situación de masa y de anonimato²” .

Una comunidad de este tipo, con esta experiencia, dice Pablo VI, rápidamente se convierte en evangelizadora y en testigo de su fe ya que “estas comunidades eclesiales de base son y serán un lugar de evangelización, en beneficio de las comunidades más vastas, especialmente de las Iglesias particulares, y son una esperanza para la Iglesia universal, en la medida en que van naciendo de elementos de la fe, la lectura y meditación de la palabra, la eucaristía y los demás sacramentos, el auxilio mutuo en todas las dimensiones humanas³.”

Quizás una de las riquezas mayores de estas pequeñas comunidades, es que en ella nacen verdaderas amistades, amistades espirituales. Amistades nacidas en, por y para Cristo, amistades en las cuales se puede confiar en el amor de unos por otros, porque se lo manifiestan. Relaciones en que los amigos se hablan con la verdad y se corrigen para juntos crecer en la vocación que Dios les ha regalado. Amistades abiertas a recibir a los demás de la comunidad. Amistades que comparten ideales y trabajos, y en donde cada uno importa, donde en definitiva puedo tener una experiencia del amor verdadero.

Desde esta perspectiva de evangelización el amor es la más profunda razón de ser de la educación cristiana. Siguiendo un pensamiento del Cardenal Hume, podemos decir que en el corazón del Evangelio, la Buena Noticia que hemos recibido, encontramos siempre el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Pero sucede que no amamos automáticamente a Dios y a nuestro prójimo de la manera en que nuestro Señor quiere que lo hagamos. Es necesario aprender y practicar este amor, lo cual toma tiempo y esfuerzo. El monasterio –en nuestro caso la comunidad escolar, el grupo de lectio,

el matrimonio - es la escuela donde se puede aprender este amor”. (In praise of Benedict)

Sentido de misión

Hoy se ha perdido el sentido de Misión. El señor de la rentabilidad se ha adueñado de la agenda de gran parte de las iniciativas, todo está supeditado a las ventas, al rating. Pareciera que se cumple lo escrito por el Padre Astorquiza “Buscad primero el éxito económico y todo lo demás se os dará por añadidura”. Casi cualquier rubro en que los jóvenes se muevan se encuentran con esta realidad.

Por ello es que tenemos que formar en la misión.

Al revisar los discursos del Papa Juan Pablo II, especialmente en las Jornadas Mundiales de la Juventud, una de las cosas que más llama la atención es que el Papa siempre les dice a los jóvenes que los necesita, que ellos son importantes para la Iglesia. “Ha llegado la hora de emprender una Nueva Evangelización y vosotros – le dice el Papa a los jóvenes – no podéis faltar a este llamado urgente⁴” y añade “ocupad vuestro puesto en la Iglesia, que no sólo es la de ser destinatarios de la solicitud pastoral, sino el de ser protagonistas activos de la misión. La Iglesia es vuestra, es más, vosotros mismos sois la Iglesia⁵”.

Muchas veces tendemos a esperar a que los jóvenes dejen de ser jóvenes para entregarle la oportunidad de dar a conocer su fe. El servicio a los más pobres está siendo un camino. En él estamos más adelantados, ya que existen hoy campos de acción concreta de apostolado para jóvenes. Pero, creo que estos, en su gran mayoría son al menos tímidos en lo que al anuncio de fe se refiere. Creo que podríamos avanzar en que los jóvenes sean realmente testigos y evangelizadores de su fe. Nosotros hemos experimentado que las palabras de Pablo VI, asumidas también por Juan Pablo II, de que “para los jóvenes no hay mejores evangelizadores que los mismos jóvenes” son una realidad. En este sentido hubiese sido interesante en este Congreso y en especial en esta mesa redonda tener la presencia de jóvenes que contaran su experiencia de trabajo apostólico con otros jóvenes.

4.-Discurso en la IV Jornada Mundial de la Juventud. 1989. Santiago de Compostela No 4.3

5.-Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la V Jornada Mundial de la Juventud. 1989. Santiago de Compostela. No 2

Yo he visto el impacto pastoral que tienen jóvenes adolescentes cuando les damos el espacio para evangelizar a sus compañeros menores. Los niños les oyen más, su palabra tiene una gran validez, ya que nace de alguien un poco mayor que ellos, cercano, con una experiencia similar y un lenguaje común. No es extraño que una vez transcurrido los años, los menores quieran transformarse a su vez en evangelizadores, tomen su Biblia y le anuncien la fe de las nuevas generaciones. Por otra parte, con este tipo de experiencia son los mismos jóvenes, quienes profundizan su fe y se hacen responsables de ella. Pasan de la fe como herencia cultural o familiar, a una fe asumida personalmente.

En este sentido creo que las enseñanzas del Concilio en cuanto al rol de todos los bautizados en la Iglesia y la explicitación que de ella se hace en *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI y en *Christifideles Laici* de Juan Pablo II debemos no solo transmitir las, sino que también llevarlas a cabo, permitiendo que los jóvenes tengan espacios reales para asumir creativa y responsablemente iniciativas en donde su rol sea fundamental. Juan Pablo II dice: "los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio... cada discípulo es llamado en primera persona; ningún discípulo puede escamotear su propia respuesta: "Ay de mí si no predicara el Evangelio" (1 Cor 9, 16) ⁶".

Debemos ser tremendamente creativos para formar a los jóvenes en esa conciencia de lo que es su Bautismo.

Tenemos que ayudarles a que vean que su fe está involucrada en todo su quehacer y que su aporte es necesario. Así apuntaremos a que todo trabajo apostólico no sean acciones puntuales y que luego de un tiempo les corresponde "sentar cabeza", sino que a partir de ellas vayan descubriendo que es algo para toda la vida, que no se trata solo de tiempos libres, sino que es un llamado, un llamado que afecta en la decisión de su vocación, de su estado de vida, de su profesión. Creo que ahí hay un camino para que las nuevas generaciones recuperen la unión de fe y vida.

"Quizás debemos abandonar las ideas de iglesia nacional o de masas. Es probable que estemos ante una nueva época de la historia de una Iglesia muy diferente, en la que volvamos a ver una cristiandad semejante a aquel grano de mostaza", S.S. Benedicto XVI

Termino esta exposición con otra cita de Benedicto XVI, que muestra el marco de referencia o visión de Iglesia dentro del cual planteo estas cosas:

"Quizás debemos abandonar las ideas de iglesia nacional o de masas. Es probable que estemos ante una nueva época de la historia de una

Iglesia muy diferente, en la que volvamos a ver una cristiandad semejante a aquel grano de mostaza. Ésta ya está surgiendo en grupos pequeños, aparentemente poco significativos, pero que gastan su vida en luchar intensamente contra el Mal, y en tratar de devolver el Bien al mundo; están dando entrada a Dios en el mundo. Veo que un gran movimiento de este género ya está en marcha. Probablemente no habrá conversiones en masa al cristianismo, no se darán cambios que pudieran ser considerados ejemplares para la historia, pero existe una presencia nueva y muy fuerte de la fe, que da aliento a los hombres".

6.-Christifideles Laici, 33

“CHIFLADOS POR JESUCRISTO”

BENITO BARANDA
HOGAR DE CRISTO
COMUNIDADES DE VIDA CRISTIANA

El Papa Juan Pablo II nos recordaba que “la participación de los laicos en la expansión de la fe aparece claramente, desde los primeros tiempos del cristianismo, por obra de los fieles y familia, y también de toda la comunidad” (Redemptoris missio 71). Esta es la responsabilidad que nos cabe como católicos desde la educación, tanto aquella familiar –que resulta fundamental- como aquella que ocurre también directamente en la escuela, en la parroquia, en los movimientos de iglesia, e indirectamente en el barrio, en la ciudad, con los medios de comunicación y con la forma de vivir la vida económica/comercial... nada es indiferente cuando ingresamos en el campo de la educación y la formación de los valores, esto ocurre desde la temprana infancia como lo han demostrado numerosas investigaciones, y ocurre preferentemente por influencia directa de la familia y posteriormente de la escuela.

1.- El ejemplo de los adultos: testimonios

Al formar jóvenes para que sean verdaderos “testigos de su fe” juega como rol fundamental el ejemplo de quienes somos adultos relevantes para ellos, partiendo por supuesto por la familia y siguiendo luego por la escuela, parroquia y/o movimiento de iglesia. La invitación a la vida en virtudes cristianas, gozosa y dedicada, de parte de los padres, es la herramienta más potente para penetrar en la vida de adolescentes y jóvenes. Como dice el Padre Hurtado:

“Tener y ser. Decir y hacer. Enseñar y vivir son conceptos muy diferentes. La educación en gran parte es una vida que se enseña viviéndola” .

¿Cómo está nuestro espíritu de sacrificio, dedicación, gratuidad, etc.?, esa es la pregunta inicial que tendríamos que hacernos antes de mirar a los jóvenes, y al responderla, poder direccionar nuestra vida.

Veamos qué no conduce hacia este horizonte, lo que he llamado “anti formación”, y que se da cuando educamos a los jóvenes en la vida diaria. Si los jóvenes son formados:

- Disociados y lejanos a la realidad;
- Abandonados y sin crecimiento interior;
- Consumistas y en la “cultura el tener”;
- Elitistas y agresivos en la vida cotidiana.

Es muy difícil en este contexto adverso formar jóvenes abiertos a la vida y al servicio, y el Padre Hurtado ya lo cuestionaba con el texto Humanismo Social: “la juventud en general, ¿se da al estudio, a su formación honda, seria, alegre, o está minada por una vida social hueca, prematura, exagerada?”. Tenemos un gran vacío de sentido, “hambre y sed” de verdad.

De hecho, hay hambre por darle sentido a nuestras vidas, por la solidaridad en el mundo familiar y escolar: es el hambre por Cristo.

La solidaridad, la entrega personal, se expresa en distintas dimensiones, algunas de ellas son:

- Solidaridad interna (familiar, escolar...)
- Solidaridad externa (con otros más lejanos)
- Solidaridad como actitud de vida (en todos lados)
- Solidaridad como condición de crecimiento (vivir con otros)
- Solidaridad como sentido de vida (vivir para otros)

Para esto se requiere el compromiso estable de los adultos, en la rutina diaria, como reflexionaba el Padre Hurtado: “Cuando la complicidad del corazón está ganada, qué diferente resultan las soluciones”; si está frío nuestro corazón, se nos derrumban hasta los mejores ideales.

Es en la familia/colegio donde ocurre el fenómeno de la humanización, y es nada menos que la gratuidad la

que gatilla una positiva escalada de libertad. La manera de expresar esta gratuidad es por intermedio de la generosidad y del servicio, es decir de la práctica diaria de estar “disponibles” a los demás.

Es este ambiente familiar y escolar ¿qué sentido queremos dar?, ¿cómo podemos formar hoy a los niños y estimular a la juventud? Estos son los sentidos que es necesario al menos formar:

- Sentido responsabilidad
- Sentido social
- Sentido de justicia
- Sentido de lo trascendente (Jesús)

Esta es la búsqueda de una “vida justa” según el querer de Dios, aquello que Él espera de nosotros, como decía San José María Rubio s.j. hay que “querer lo que Dios hace y hacer lo que Dios quiere.”

2.- ¿Qué camino práctico podemos tomar para formar a los jóvenes?

Como señaló Juan Pablo II “la Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos y no se abstiene de someter a reflexión los diversos aspectos de la justicia, tal como lo exige la vida de los hombres y de las sociedades... siguiendo las huellas de tal enseñanza procede la educación y la formación de las conciencias humanas en el espíritu de la justicia, lo mismo que las iniciativas concretas...” (Dives in misericordia, 12).

Por eso nos preguntamos, ¿qué haría Cristo en nuestro lugar?, ¿cómo formar la conciencia de los jóvenes para acercarlos a su vocación de servidores de un “único Señor”?, y ¿cómo conmover la vida de todos para acercarse a una vida Santa?.

Para responder a esto, hay tres vías propias de la Iglesia que pueden ser utilizadas y estimuladas por nosotros:

·Fomentar la **oración y vida comunitaria** al interior de la Iglesia;

- Desarrollo el **sentido de responsabilidad** y del **sentido social**, con nosotros mismos y con el resto;
- Mantener la estrecha vinculación entre la **fe y el servicio**

Como nos lo recuerda el P. Hurtado: “En los colegios,

tanto de hombres como de mujeres, sería de desear un formación más social y más realista que prepare a los alumnos para abordar los problemas reales que los aguardan a la salida del colegio... la educación es vida no preparación para la vida”.

Por lo tanto resulta fundamental que en la vida de Iglesia se fomenten por lo menos cuatro aprendizajes:

- Aprender a orar
- Aprender a servir
- Aprender a conversar
- Aprender a vivir contento

La vida familiar y escolar son un medio privilegiado de formación social, se aprende a vivir en común y se educa por medio de la acción, lo mismo ocurre en la parroquia, en la universidad, etc.

Ahora bien, ¿qué experiencias podemos estimular para que esto ocurra, es decir para que los jóvenes se formen como testigos de la fe?, desde la temprana infancia y durante toda la juventud, hay que cuidar que existan en forma equilibrada espacios para las siguientes experiencias:

- Experiencias de gratuidad
- Experiencias de empatía
- Experiencias de diálogo y respeto
- Experiencias de servicio

Como maravillosamente lo planteó el P. Hurtado: “la gran escuela del sentido social, de la justicia, de la caridad, es

la práctica y ninguna práctica es más provechosa que el trato social de cada día... la educación prepara para la vida por la práctica de la vida misma”.

Para llegar a una verdadera “pedagogía social” que permita a los jóvenes formarse como testigos de la fe, es necesario hacer transformaciones en la acción educativa. Estas transformaciones parten de la mirada que tenemos acerca de nosotros mismos y de la realidad de los jóvenes, y luego impactan las relaciones y las prácticas que realizaremos junto a ellos.

La construcción de una cultura solidaria para superar la exclusión social, supone la donación personal, la entrega de sí mismo y esto hay que educarlo, despertarlo y descubrirlo. “El que se da, crece. Pero no hay que darse a cualquiera, ni por cualquier motivo, sino a lo que vale verdaderamente la pena. Al pobre en la desgracia. A esa población en la miseria. A la clase explotada. A toda causa grande”. P. Hurtado s.j.

“FORMAR JÓVENES TESTIGOS DE SU FE”

CATALINA LARRAÍN G.

GERENTE GENERAL

INSTITUTO DESARROLLO EDUCACIONAL IGNES

FUNDACIÓN PENTECOSTES

Cuando se me pidió hablar sobre la formación de jóvenes en la Fe, surgió en mi una reflexión sobre qué conocimientos y experiencia tengo sobre el tema, y a partir de ahí, qué puedo compartir con ustedes.

Colaborar con la formación de jóvenes como testigos de su fe ha sido una inquietud desde mi temprana juventud, en catequesis a niños del campo, en el colegio en que estudié, a través de comunidades de ayuda social y posteriormente en los trabajos de verano de la universidad. Una vez formada mi propia familia, en misiones familiares y formación de jóvenes a los Sacramentos de la Confirmación y Matrimonio; pero cuando pasó a ser una inquietud de responsabilidad mayor fue cuando nació mi primera hija y sentí, junto a mi marido, que este era un encargo a nosotros e imposible de delegar, y que luego se fue multiplicando con los otros hijos.

De algo que no tengo duda, es que en la familia y a través de los padres es donde se empieza a conocer a Dios y a quererlo. “El surgimiento de las vivencias religiosas tiene primeramente su origen en las experiencias que los niños han tenido en sus casas” (Psicóloga Beatriz Zegers, 8.9.98) y si esto lo unimos a la confirmada hipótesis de que “la infancia es el lugar en donde habitaremos el resto de la vida” podemos concluir la importancia de la familia, de este útero social, en el sano desarrollo de nuestros hijos, tanto en su dimensión biológica, psicosocial y espiritual.

Es en los primeros años de vida cuando se construyen los cimientos de nuestra vida, de nuestra fe. Los modelos cercanos son los que nos van ayudando o dificultando el relacionarnos con otros (modelo de padre/relación con Dios, de madre a través de la Virgen María, gratuidad del amor divino. “La Virgen María ha sido el cable entre mi mundo natural y sobrenatural”, Matías, 22 años)

Si estamos claros que el hombre está compuesto por cuerpo y espíritu, también tenemos que saber que

ambos hay que alimentarlos, desarrollarlos, porque o sino ese cuerpo, ese espíritu, se debilita y muere.

Muchas veces nos confundimos y la preocupación va más por la eficiencia de los cuidados físicos, aun cuando está estudiado y sumamente confirmado que no podemos crecer bien sin la fuerza de los vínculos y los afectos. Dramáticos al respecto son los resultados del clásico estudio de Bowlby sobre los niños institucionalizados. Y más de cerca tenemos a la sociedad a la que pertenecemos, que cada día valora más la eficiencia en lo cuantificable.

Condición de armonía total; en la naturaleza del hombre está inscrito el hambre de Dios, o de un ser superior.

El hombre, decía el padre José Kentenich fundador del movimiento apostólico de Schoenstatt, es “ser humano.... más cristiano y en su desarrollo, es plenamente hombre” y como en el corazón de todos los hombres, a modo de una tendencia natural básica, tal como lo indica Maslow en su conocida pirámide de necesidades, existe un anhelo o hambre de Dios, o de infinito. Esta puede ser descuidada, reprimida, e incluso desviada, pero no puede ser anulada. Cuando se intenta esto, normalmente este instinto surge con mayor fuerza. Ej: pueblo Polaco vivió todo tipo de represiones en su vida de fe, pero al interior de los hogares, en el silencio y profundidad de los valores familiares, se mantuvo viva y hoy podemos valorar su fuerza.

Puede tener diferentes formas de nombrar este anhelo, el llamado a la trascendencia, la búsqueda de un ser superior o del más allá, el instinto religioso; “en último término se trata de una especie de inquietud del corazón del hombre que busca reposar en un Ser superior que le de cobijamiento y seguridad” (Padre J.Fernandez. Sch Dimensión religiosa, p.35). San Agustín en sus “Confesiones” alude este fenómeno psicológico cuando dice “tu me creaste para Ti e inquieto está mi corazón hasta no reposar en Ti”.

Pero todo este enorme y fundamental potencial, que es parte de nuestro ser, y teniendo claro que el objetivo central de la formación de nuestros hijos es “su encuentro definitivo con Cristo” porque es ahí donde estará su verdadera felicidad, es que para su completa educación habría que, además, compartir elementos de la socialización natural y temprana, elaborar un verdadero proyecto educativo. Es este un tema relevante que implica ir más allá del sentido común. Es necesario conocer las características psicológicas básicas del desarrollo moral de nuestros hijos e hijas, y/o de los jóvenes con que nos toque relacionarnos, para poder desarrollar un proyecto pedagógico adecuado. Al respecto me parece importante destacar el aporte de Kohlber y Gilligan, así como de algunos de sus seguidores.

Herramientas pedagógicas: los ideales y las vivencias

El Papa Pablo VI les decía a los miembros del Concilio Laico (2.10.74) “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (pensemos en personas que dejaron huella en nosotros y el porqué)

Un ideal vivido es el elemento pedagógico más potente para contagiar en la fe, aquel que muestra a un Cristo vivo y cercano, posible de seguir y ser puente de otros hacia Él. Los cristianos tenemos que ser capaces de encarnar el ideal de Cristo y mostrarlo a través de nuestro propio ejemplo, el mensaje tiene que ser dado por aquel que se ha hecho merecedor de transmitirlo viviendo primeramente y haciéndose oír por su consecuencia de vida o al menos por su sabido intento de vivir cristianamente; luego de eso podemos poner a otros en contacto con Jesucristo (nadie puede dar lo que no tiene).

Pero también, es indispensable el desarrollo a nivel cognitivo e intelectual en este tema. En otros términos se trata de conocer por la experiencia, pero también por lo que otros han vivido, pensado y elaborado. Esto es particularmente importante en los adolescentes sedientos de abrirse al mundo, conocerlo, para poder armarse en su propia identidad.

¿Cómo se pone a un joven en contacto con la vida de Jesucristo?

Primeramente respetando su propia **originalidad** como hijo de Dios. No se puede pretender acercarse a una

persona a Dios sin ir a donde él está, sin ir a su encuentro, reconociendo su historia personal. Éste, siendo uno de los principios pedagógicos de José Kentenich, es el principio básico del aprendizaje: “lo que se aprende se hace desde lo que se es”, así lo nuevo solo se adquiere si se engarza con lo antiguo, y para eso hay que tender los puentes adecuados. Esto nos lleva necesariamente a los adultos a motivar y acompañar a los jóvenes a vivir experiencias de encuentro con Cristo aptas para sus realidades biopsicosociales, sus inquietudes y desafíos ej: Respeto de los lenguajes y los tiempos necesarios tanto para el desarrollo de actividades que lo acerquen al objetivo deseado, como para los momentos de silencio, meditación, reflexión: la fuerza de la oración unida a la acción.

No quedarse corto con los ideales, a los jóvenes, por ser jóvenes, los llaman grandes ideales y grandes desafíos. Todo está en presentarlos a ellos de la forma adecuada y apropiada, en los jóvenes de 16 años en adelante, en sintonía con su pensamiento abstracto y a su despegue de lo concreto. (“Tuve que dejar a un pololo porque me alejaba de Dios, y yo a los 16 ya había decidido jugarla por Él” M. José 19 años)

¿Cómo se pone a un joven en contacto con la vida de Jesucristo?

Primeramente respetando su propia originalidad como hijo de Dios. No se puede pretender acercarse a una persona a Dios sin ir a donde él está, sin ir a su encuentro, reconociendo su historia personal.

Que logre tener una **relación profunda y personal con Dios** y que, a través de su amor, obtenga una fuerza liberadora de todo aquello que lo distrae y lo ha alejado de Él. Una vía es el encuentro de la dimensión divina o trascendente a través de los otros, es decir de su capacidad de observación, empatía, acogida, finalmente de su capacidad de contacto y de acción.

Complementaria es la búsqueda del Dios interior, en la que el silencio es un buen compañero.

Una vez conquistada esa relación de amor, en que el joven se reconozca como hijo predilecto y escogido, se podrá dar una **adhesión incondicional a Él**, experimentando la fuerza unitiva del amor de Dios que cada vez lo hace necesitar más su cercanía y llamado. “Levántate, a ti te llamo”, “Yo confío en ti”.

En síntesis, que su atención y vinculación sea tan fuerte que logre una **sintonía con el querer de Dios**, con su plan y así se transforme en colaborar del plan divino. Que su vida esté empapada de su amor y se asemeje cada vez más a Él, siendo esta vinculación una herramienta para servir a otros, al modo de Cristo y atraerlos hacia Él.

(“Jugársela por Cristo vale la pena, en realidad vale la vida”, Jorge, 20 años).

“EDUCAR DESDE LA CONTEMPLACIÓN”

MAURICIO ECHEVERRÍA

DECANO FACULTAD EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

Quiero comentar con ustedes sólo una idea muy sencilla; porque la formación cristiana, la educación católica es un tema muy amplio, muy hondo, muy extenso. Y los tres expositores que me precedieron lo han abordado de una manera mucho más completa y mucho más autorizada de lo que podría hacerlo yo. Por lo tanto, me limitaré a señalar un punto que me parece crucial en los momentos en que vivimos los católicos en torno a la educación.

La idea es la siguiente. Propongo como punto de partida, para repensar toda la educación en este tercer milenio, a la contemplación. No me refiero solamente a la contemplación de Dios o a la contemplación religiosa, sino a la contemplación en el sentido más amplio de la palabra. O sea, mi propuesta es: pongamos la contemplación al inicio de toda actividad educativa, al inicio de toda acción pedagógica (y no sólo de la formación explícitamente religiosa).

En efecto, los católicos no podemos en nuestros días contentarnos con hacer una muy buena clase de religión, no podemos contentarnos con el trabajo de catequesis parroquial, ni siquiera con la gran obra formativa de los movimientos y congregaciones¹.

Se ha hablado de esquizofrenia, se ha hablado de inconsecuencia. Hay que reconocer que el sistema educativo en el cual nos movemos, a pesar de todas sus ventajas no tiene como punto de mira la búsqueda de Dios, la apertura a la gratuidad del regalo divino. Tiene como gran aspiración, en cambio, la búsqueda modernista, el sueño de la razón –forjado en los siglos XVIII y XIX- de que el hombre por sí mismo domine el mundo. Y el sistema educativo que estamos viviendo en estos momentos es la consecuencia última de aquel sistema educativo desarrollado a partir del ideal de voluntad de poder modernista.

Santo Tomás tiene una frase hermosísima para todo profesor como resumen de la enseñanza: “contemplar y llevar a los demás lo contemplado”

Estamos viendo, por lo tanto, cómo la educación cada vez se torna más pragmatista; cómo se dejan en los currículos escolares sólo aquellos ramos que “sirven”: sirven para el SIMCE, sirven para la PSU, sirven para ganar dinero... En cambio, todo aquello que “no sirve” (empezando por los ramos de religión, filosofía y arte) va quedando al margen del sistema escolar. Y los católicos vemos cómo va pasando esto, sin plantear una propuesta alternativa de fondo.

Yo sostengo que tal propuesta alternativa, de fondo y radical, tiene que partir de la contemplación.

Me explico. El modelo educativo modernista, centrado sobre la voluntad de poder, sobre la construcción de modelos de dominio, es radicalmente “a-gnóstico”, en el sentido más literal del término: se opone al conocimiento. No parte de

la voluntad de conocer la realidad, sino de la voluntad de dominarla; por lo tanto, bloquea de raíz el acceso al conocimiento y al amor de Dios.

Por el contrario, la educación debería comenzar desde la contemplación para llegar a conocer la realidad y a su Creador, para poder acoger la realidad como un don gratuito del Creador.

El Papa Juan Pablo II repitió en muchas ocasiones esa frase tan fuerte: “el drama de la cultura actual es la ausencia de contemplación”. Lo dijo en varias encíclicas, en distintos discursos, en varios contextos². Y Juan Pablo II nos invitó, como meta y objetivo del tercer milenio, “a contemplar el rostro de Cristo”. Como gran desafío para el tercer milenio: “contemplar el rostro de Cristo”³.

Y, de hecho, Jesucristo mismo nos dio su ejemplo de contemplación. Los santos, incluso los más activos, nos han dado testimonio de contemplación. Pero, Cristo

1.- Incluso aquellos que inventaron el concepto de post-modernidad, como J. F. Lyotard y G. Lipovetsky, han reconocido que en realidad nuestra época actual no es tal, no es una superación de la modernidad, sino que es una hiper-modernidad, una sobre-modernidad, es decir, una radicalización de los ideales modernistas.

2.- Por ejemplo: “El drama de la cultura actual e□

no ha encontrado todavía su alma... Sin inter□

Vientos, España, 3 de mayo de 2003.

3.- Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”, 6 de enero de 2001.

no solamente contemplaba el rostro de Su Padre, sino también contemplaba los lirios del campo, contemplaba las aves del cielo, y nos invitaba a nosotros también a hacer lo mismo.

Contemplar, dice Santo Tomás, es “reposar y deleitarse en la consideración y amor de una verdad”⁴.

¿A cuántos de nuestros alumnos en colegios y universidades vemos con rostros de estar “reposando y deleitándose en la consideración y amor de las verdades” que les enseñamos en matemáticas, en física, en castellano o en religión?

Contemplar. Santo Tomás tiene una frase hermosísima para todo profesor, como resumen del concepto de enseñanza: “contemplar y llevar a los demás lo contemplado”, “*contemplare et contemplata aliis tradere*”⁵. ¡Qué proyecto de vida para un profesor, para un educador! Enseñar a partir de la plenitud de lo contemplado.

Entonces, el punto de partida a mi juicio, para esta gran reforma educativa que hace falta en nuestros tiempos, es la contemplación por amor a la realidad misma. Esto, que puede sonar tal vez muy extraño, no lo es tanto en verdad. En efecto, los niños naturalmente desean conocer; a los niños naturalmente les gusta curiosear, descubrir, investigar. ¿Por qué el sistema educativo aplasta y ahoga ese afán investigador, ese afán de exploración, en vez de encauzarlo, de educarlo?

“¿Para qué me sirve esta materia, profesor?”... Ya partimos mal. Lo que más sirve en la vida es lo que no sirve para nada útil⁶. Lo más importante en la vida es el amor gratuito que tenemos a nuestros hijos, a nuestros seres queridos, porque sí, no porque me sirve para algo. Asimismo, la gratuidad se enseña a partir de descubrir la realidad sólo por el gozo de descubrirla.

Fíjense ustedes que esto tiene consecuencias pedagógicas enormes. El cardenal Newman decía: “todas las disciplinas, todas las ciencias, todas las vías de conocimiento no son sino distintas aproximaciones a una misma verdad”. Son distintas maneras de acercarse a una misma realidad. Nos decía él que la teología -la visión religiosa- es también una manera de acercarse

a esa misma verdad, pero con la diferencia de que la visión de fe nos da el marco, el horizonte, el sentido último de todas las demás ciencias, de todas las demás disciplinas⁷.

¿Pasa eso en nuestros colegios? ¿Pasa eso en nuestras universidades católicas?

Esta mañana me decía una hija mía que cursa primero medio: “Papá, estamos viendo en Física las ondas de sonido..., estamos viendo en Química el agua..., estamos viendo en Lenguaje Juan Salvador Gaviota... y en religión, Pentecostés”. Entonces, si hablamos de esquizofrenia, veamos qué estamos enseñando a nuestros niños.

Todas las disciplinas, todas las ciencias son distintos caminos para conocer una misma realidad. ¿Por qué no organizamos, entonces, el sistema curricular para estudiar una misma realidad, desde distintas disciplinas? Para que

los niños, de este modo, contemplan y disfruten del descubrimiento de una realidad. Por ejemplo, el agua. El agua, desde el punto de vista químico, desde el punto de vista físico, artístico, poético, literario, histórico, religioso. La realidad del agua.

Otro ejemplo: estudiemos la realidad de la Edad Media desde la literatura medieval, la música medieval, la filosofía medieval, la arquitectura y la escultura medievales, la historia geo-política del medioevo, los santos medievales... De manera que los jóvenes conozcan y amen las realidades humanas, las realidades naturales, las realidades divinas... por sí mismas; en toda su riqueza; de manera coherente. Y, a la vez, bajo el marco último de la visión de la fe.

Con esa base contemplativa sólida, de amor gratuito a la realidad, a la Creación, podemos educar luego⁸ en todas las técnicas, podemos desarrollar luego todas las virtudes, pero enfocadas como un servicio al cuidado de esas realidades que son amadas por sí mismas.

Si, por una parte, a través de la formación que reciben los niños en los colegios⁹, estamos enseñándoles a buscar la utilidad en todo (a considerar incluso al lenguaje sólo como un instrumento útil de comunicación), a construir herramientas útiles; y después, por otra parte, en clase de religión, en misa o en la familia, les venimos a contar que hay que “amar a los demás por sí mismos”, hay que

4.- Suma Teológica II-II, q.181, a.3.

5.- Ibid, II-II, q. 188 a. 6.

6.- Ovidio.

7.- John H. Newman, Discursos sobre el Fin y la Naturaleza de la Educación Universitaria.

8.- “Luego” en sentido lógico, no necesariamente temporal; es decir: “a partir de la plenitud de la contemplación”.

9.- ¡Y mucho más a través del bombardeo cotidiano de los medios de comunicación!

“amar y dar sin medida” y gratuitamente; caemos de este modo en el absurdo de pedirles algo imposible, algo simplemente incomprensible para ellos.

¿Cómo ordenar un currículo contemplativo? Habría que partir desde la base del conocimiento; habría que comenzar contemplando desde las realidades más sensibles y concretas hasta las realidades más espirituales y trascendentes. Siguiendo en esto el ejemplo de Santo Tomás; de la reivindicación que él hace de Aristóteles.

¿Alguno de ustedes se fijó en que la estatua de Santo Tomás (que acabamos de inaugurar en la calle Ejército con Alameda) tiene una postura muy singular? Aparece en ella Santo Tomás con su mano extendida y con un libro bajo el brazo. Esa posición reproduce a la figura de Aristóteles, tal como aparece en el famoso mural de la Escuela de Atenas pintado por Rafael Sanzio. Ambos artistas, tanto en la estatua Santo Tomás como en la pintura de Aristóteles, han querido representar con la mano extendida hacia el suelo, el sentido de realismo cognitivo, de contemplación de la realidad. Sin embargo, a diferencia de la figura de Aristóteles, el Santo Tomás de nuestra escultura mantiene al mismo tiempo la vista en alto, con la mirada fija en la Cruz, en el Espíritu Santo, en la Eucaristía, que fueron las máximas fuentes de saber y de amor en la vida del Doctor Angélico. Por eso, quiero citar ahora a Aristóteles, hablando de la

contemplación. Él era un hombre científico, era un biólogo antes de ser filósofo. Y, sin embargo, afirma lo siguiente: *“La vida contemplativa sería superior a la de un hombre, salvo en cuánto que hay algo de divino en él... Pero no hemos de seguir los consejos de algunos que dicen que, siendo hombres, debemos pensar sólo humanamente y, siendo mortales, debemos ocuparnos sólo de las cosas mortales; sino que debemos, en la medida de lo posible, inmortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros”*¹⁰.

Ese sueño de Aristóteles, de contemplar desde lo más natural hasta lo más excelente, aprovechando lo que tenemos de divino en nosotros, es hoy el camino para una educación humana y cristiana coherente. De tal modo que se colme la aspiración más esencial del hombre, expresada por San Juan de la Cruz: *“el alma no puede quedar satisfecha y contenta hasta que de verdad posea a Dios. Todas las cosas que no son Dios, no sólo no le satisfacen, sino que le aumentan el deseo de verle tal cual Él es.”*¹¹

Ésa es la meta de nuestra vida: llegar a contemplar el rostro de Dios eternamente. El camino en esta tierra, siguiendo a Cristo, es contemplar los lirios del campo, contemplar las aves del cielo y desde ahí agradecer a Dios por el don inmenso de la Creación, de los seres y las personas que nos rodean y asumir la tarea de cuidarlos, de ver en ellos el rostro de Cristo.

10.-Aristóteles, Ética a Nicómaco, libro X, cap.7 : 1177a - 1177b.

11.- Cántico Espiritual 6,4.